

Keynes y los odontólogos

Skidelsky analiza la crisis actual y propone un crecimiento menos centrado en las exportaciones

EL REGRESO DE KEYNES, Robert Skidelsky. Traducción de Jordi Pascual. Ed. Crítica. Barcelona, 2009. 250 páginas. Precio: **19,90 €**

JUSTO BARRANCO

LA VANGUARDIA - DINERO - 18.10.09

Keynes no admiraba mucho la economía, pero esperaba que algún día los economistas fueran tan útiles como los odontólogos. Lo afirmó en uno de sus ensayos, Posibilidades económicas para nuestros nietos, y lo recuerda ahora lord Robert Skidelsky -autor de una biografía monumental sobre el genio de Bloomsbury- en su nuevo libro, El regreso de Keynes, que es a la vez un análisis de los factores, sobre todo ideológicos, que han conducido a la crisis actual y un repaso de la vida personal, académica y política del autor de la Teoría general del empleo, el interés y el dinero para extraer lecciones para estos momentos turbulentos.

Quizá la primera lección, diría Skidelsky, es que Keynes (1883-1946) siempre tuvo claro que la economía era un medio, no un fin, y que el fin era vivir "sabiamente, agradablemente y bien". En ese sentido, no admiraba particularmente el capitalismo, pero pensaba que era la mejor garantía de la posibilidad de civilización. Y supo combinar el pensamiento teórico con la desagradable realidad, siempre presta a desmontar los bellos modelos económicos. De hecho, recuerda Skidelsky, que Keynes habitara un privilegiado círculo filosófico y artístico del Londres de

principios del siglo XX, que iba desde Bertrand Russell y Wittgenstein hasta Virginia Woolf o E. M. Forster, ayudó a que su pensamiento económico fuera fertilizado por todos estos mundos, así como por su experiencia como inversor y especulador, con la que obtuvo muchas ganancias y le pillaron unos cuantos hundimientos, aunque a su muerte dejó una cartera equivalente a 14 millones de euros.

"Fue su comprensión del instinto especulador lo que hizo de Keynes un economista tan grande", observó su colega Nicholas Davenport, y quizá dio en la diana. Precisamente sobre la importancia de los "espíritus animales" de los que hablaba Keynes reflexiona el reciente libro de Robert Shiller y el Nobel George Akerlof: cómo esos espíritus, que van desde la confianza hasta la equidad o la corrupción, condicionan la economía más allá de nuestra supuesta racionalidad y provocan sus oscilaciones. Y sus pánicos. Así que tras una primera época librecambista, y viendo los peligros que ocasiona la incertidumbre económica - tuvo el ejemplo de la Gran Depresión-, fue favorable a la intervención del gobierno en el comercio y la economía para tener dinero barato y un nivel alto de gasto que mantuviera el pleno empleo.

Skidelsky carga en el libro contra los economistas neoclásicos que, dice, ponen su lógica por delante de la realidad con sus teorías sobre las expectativas racionales, el mercado eficiente o el ciclo económico real. Esto es, que la demanda siempre iguala a la oferta y las recesiones y periodos de gran crecimiento son reacciones eficientes a las modificaciones del entorno económico. O sea que, en ausencia de regulaciones, los mercados son eficientes. Pero también contra los neokeynesianos, que han asumido buena parte de las propuestas neoclásicas, y tienen dificultades para explicar la crisis. Una crisis que no

viene de un shock exterior sino del corazón del sistema, al no distinguir entre riesgo - el que deben correr las empresas para ganar dinero- e incertidumbre, sobre todo la de los mercados financieros, de cuya regulación se deben ocupar los gobiernos para que no haya descalabros globales. Sobre todo si los modelos matemáticos para contener el riesgo prometen más de lo que dan. Además, para Skidelsky no es cierto que los derivados financieros actuales sean imprescindibles: sin ellos se creció más entre 1951 y 1973.

¿Qué haría Keynes hoy?, se pregunta Skidelsky. Una cosa está clara en su opinión: los gobiernos deben asegurar que la demanda agregada de la economía sea suficiente para mantener el pleno empleo. Las vías para lograrlo son diversas, pero cree que las reformas deben encaminarse hacia una menor dependencia del crecimiento basado en las exportaciones, como intenta China, a un sistema financiero más regulado, una expansión del sector público y, también, un papel más modesto de la teoría económica como preceptora de los gobiernos.